

quebrar el hilo de lo uno por decir de lo otro, acordé de seguir el de nuestro trabajosísimo camino.

## CAPITULO CLXXV.

De lo que Cortés ordenó después que se volvió el factor y veedor á Méjico, y del trabajo que llevamos en el largo camino, y de las grandes puentes que hicimos, y hambre que pasamos en dos años y tres meses que tardamos en este viaje.

Después de despedidos el factor y el veedor, lo primero que mandó Cortés fué escribir á la Villa-Rica á un su mayordomo, que se decía Simon de Cuenca, que cargase dos navíos que fuesen de poco porte, de bizcocho de maíz, porque en aquella sazón no se cogía pan de trigo en Méjico, y seis pipas de vino y aceite y vinagre y tocinos, herraje, y otras cosas de bastimentos, y mandó que se fuesen costa á costa del norte, y que le escribiría y haría saber dónde había de aportar, y que el mismo Simon de Cuenca viniese por capitán; y luego mandó que todos los vecinos de Guacacualco fuésemos con él, que no quedaron sino los dolientes. Ya he dicho otras veces que estaba poblada aquella villa de los conquistadores mas antiguos de Méjico, y todos los mas hijosdalgo, que se habían hallado en las conquistas pasadas de Méjico, y en el tiempo que habíamos de reposar de los grandes trabajos y procurar de haber algunos bienes y granjerías, nos mandó ir jornada de mas de quinientas leguas, y toda la mas tierra por donde íbamos de guerra, y dejamos perdido cuanto teníamos, y estuvimos en el viaje mas de dos años y tres meses. Pues volviendo á nuestra plática, ya estábamos todos apercebidos con nuestras armas y caballos, que no le osábamos decir de no; é ya que alguno se lo decía, por fuerza le hacia ir; y éramos por todos, así los de Guacacualco como los de Méjico, sobre ducientos y cincuenta soldados, y los ciento y treinta de á caballo, y los demás escopeteros y ballesteros, sin otros muchos soldados nuevamente venidos de Castilla; y luego me mandó á mí que fuese por capitán de treinta españoles y de tres mil indios mejicanos, y fuese á unos pueblos que estaban de guerra, que se decían Cimatan, é que en aquellos pueblos mantuviese los tres mil indios mejicanos, y si los naturales de aquella provincia estuviesen de paz ó se viniesen á someter al servicio de su majestad, que no les hiciese enojo ni fuerza ninguna, salvo mandar dar de comer á aquellas gentes; y si no quisiesen venir, que los enviase á llamar tres veces de paz, de manera que lo entendiesen muy bien, é por ante un escribano que iba conmigo é testigos; y si no quisiesen venir, que les diese guerra, y para ello me dió poder y sus instrucciones, las cuales tengo hoy día firmadas de su nombre y de su secretario Alonso Valiente; y así hice aquel viaje como lo mandó, quedando de paz aquellos pueblos; mas dende á pocos meses, como vieron que quedaban pocos españoles en Guacacualco, é íbamos los conquistadores con Cortés, se tornaron á alzar, y luego salí con mis soldados españoles é indios mejicanos al pueblo donde Cortés mandó que saliese, que se decía Iquiuapa. Volvamos á Cortés y á su viaje: que salió de Guacacualco y fué á Tonalá, que hay ocho leguas, y luego pasó un río en canoas y fué á otro pueblo que se dice el Ayagualulco, y pasó otro río en ca-

noas, y dende el Ayagualulco pasó siete leguas de allí un estero que entra en la mar, y le hicieron una puente que había de largó cerca de medio cuarto de legua; cosa espantosa cómo la hicieron en el estero, porque siempre Cortés enviaba adelante dos capitanes de los vecinos de Guacacualco, y uno dellos se decía Francisco de Medina, hombre diligente, que sabía muy bien mandar á los naturales desta tierra. Pasada aquella gran puente, fué por unos pueblezuelos, hasta llegar á otro gran río que se dice Mazapa, que es el que viene de Chiapa, que los marineros llaman río de dos bocas; allí tenían muchas canoas atadas de dos en dos; y pasado aquel gran río, fué por otros pueblos, adonde yo salí con mi compañía de soldados, que se dice Iquiuapa, como dicho tengo, y dende allí pasó otro río en puentes que hicimos de maderos, y luego un estero, y llegó á otro gran pueblo que se dice Copilco, y dende allí comienza la provincia que llaman la Chontalpa, y estaba toda muy poblada y llena de huertas de cacao, y muy de paz; y dende Copilco pasamos por Nacaxuica, y llegamos á Zagutan, y en el camino pasamos otro río por canoas. Aquí se le perdió á Cortés cierto herraje; y esta pueblo cuando á él allegamos estaba de paz, y luego á la noche se fueron huyendo los moradores dél, y se pasaron de la parte de un gran río entre unas ciénagas, y mandó Cortés que les fuésemos á buscar por los montes, que fué cosa bien inconsiderada é sin provecho aquello que mandó, y los soldados que los fuimos á buscar pasamos aquel gran río con harta trabajo, y trujimos siete principales y gente menuda; mas poco aprovecharon, que luego se volvieron á huir, y quedamos solos y sin guías. En aquella sazón vinieron allí los caciques de Tabasco con cincuenta canoas cargadas de maíz y bastimento; también vinieron unos indios de los pueblos de mi encomienda que en aquella sazón yo tenía, é trajeron cargadas ciertas canoas de bastimentos; los cuales pueblos se dicen Teapan; é fuimos á Tepetitlan é Iztapa, y en el camino había un río muy caudaloso que se dice Chilapa, y estuvimos cuatro días en hacer barcas. Yo dije á Cortés que el río arriba, por relación que tenía, había un pueblo que se dice Chilapa, que es del nombre del mismo río, que sería bien enviar cinco indios de los que traíamos por guías en una canoa quebrada que allí hallamos, y les enviase á decir que trajesen canoas; y con los cinco indios fué un soldado, y como se lo dije á Cortés; y así lo mandó; y fueron el río arriba é toparon dos caciques que traían seis grandes canoas y bastimento, y con aquellas canoas y barcas pasamos, y estuvimos cuatro días en el pasaje; y dende allí fuimos á Tepetitlan, y hallámosle despoblado y quemadas las casas; y según supimos, habíanles dado guerra otros pueblos y llevado mucha gente cautiva, y quemado el pueblo de pocos días pasados, y en todos los tres días que anduvimos de camino, después de pasado el río de Chilapa, era muy cenagoso, y atolaban los caballos hasta las cinchas, y había muy grandes campos; y desde allí fuimos á otro pueblo que se dice Iztapa, y de miedo se fueron los indios, y se pasaron de la parte de otro río muy caudaloso, y fuimos á buscar, y trajimos los caciques y muchos indios con sus mujeres y hijos, y Cortés les habló

con halagos, y mandó que les volviésemos cuatro indios y tres indios que les habíamos tomado en los montes; y en pago dello, y de buena voluntad, trajeron presentados á Cortés ciertas piezas de oro de poca valía; y estuvimos en este pueblo tres días, porque había buena yerba para los caballos y mucho maíz, y decía Cortés que era buena tierra para poblar allí una villa; porque tenía nueva que en los alrededores había buenas poblaciones para servicio de la tal villa; y en este pueblo de Iztapa se informó Cortés de los caciques y mercaderes de los naturales del mismo pueblo, el camino que habíamos de llevar; y aun les mostró Cortés un paño de nequen que traía de Guacacualco, donde venían señalados todos los pueblos del camino por donde habíamos de ir hasta Huyacala, que en su lengua se dice la Gran Acala, porque había otro pueblo que se decía Acala la Chica; y allí dijeron que en todo lo mas de nuestro camino había muchos ríos y esteros, y para llegar á otro pueblo que se dice Tamaztepeque había otros tres ríos y un gran estero, y que habíamos de estar en el camino tres jornadas; y desde aquello entendió Cortés é supo de los ríos, les rogó que fuesen todos los caciques á hacer puentes y llevasen canoas, y no lo hicieron; y con maíz tostado y otras legumbres hicimos mochila para los tres días, creyendo que era como lo decían, y por echarnos de sus casas dijeron que no había mas jornada, y había siete jornadas; y hallamos los ríos sin puentes ni canoas, y hubimos de hacer una puente de muy gruesos maderos, por donde pasaron los caballos, y todos nuestros soldados y capitanes fuimos en cortar la madera y acarrearla, y los mejicanos ayudando lo que podían; y estuvimos en hacella tres días, que no teníamos qué comer sino yerbas y unas raíces de unas que llaman en esta tierra quecuxque, montesinas, las cuales nos abrasaron las lenguas y bocas. Pues ya pasado aquel estero, no hallábamos camino ninguno, y hubimos de abrirle con las espadas á manos, y anduvimos dos días por el camino que abrimos, creyendo que iba derecho al pueblo; y una mañana tomamos al mismo camino que abrimos, y desde Cortés lo vió, quería reventar de enojo, y como oyó él murmurar del mal que decían dél y aun de su viaje, con la gran hambre que había, y que no miraba mas de su apetito, sin pensar bien lo que hacía, y que era mejor que nos volviésemos para Méjico que no morir todos de hambre. Pues otra cosa había, que eran los montes muy altos en demasía y espesos, y á mala vez podíamos ver el cielo, pues ya que quisiesen subir en algunos árboles para atalayar la tierra, no vian cosa ninguna, según eran muy cerradas todas las montañas; y las guías que traíamos las dos huyeron, y la otra que quedada estaba malo, que no sabía dar razón de camino ni de otra cosa; y como Cortés en todo era diligente, y por falta de solicitud no se descuidaba, traíamos una aguja de marear, y á un piloto que se decía Pedro Lopez, y con el dibujo del paño que traíamos de Guacacualco, donde venían señalados los pueblos, mandó Cortés que fuésemos con el aguja por los montes, y con las espadas abriamos caminos hácia el leste, que era la señal del paño donde estaba el pueblo; y aun dijo Cortés que si otro día estábamos sin dar en pueblo, que no

sabía qué hiciésemos; y muchos de nuestros soldados, y aun todos los mas, deseábamos volvernó á la Nueva-España; y todavía seguíamos nuestra derrota por los montes, y quiso Dios que vimos unos árboles antiguamente cortados, y luego una vereda chica, é yo y el Pedro Lopez, que íbamos delante abriendo camino con otros soldados, volvimos á decir á Cortés que se alegrase, que había estancias; con lo cual todo nuestro ejército tomó mucho contento; y antes de llegar á las estancias estaba un río y ciénagas, mas con harta trabajo lo pasamos de presto, y dimos en el pueblo, que aquel día se había despoblado, y hallamos muy bien de comer maíz y frioles y otras legumbres; y como íbamos muertos de hambre, dímonos buena hartazgo, y aun los caballos se reformaron, y por todo dimos muchas gracias á Dios; y ya en el camino se había muerto el volteador que llevábamos, ya por mí nombrado, y otros tres españoles de los recién venidos de Castilla; pues indios de los de Mechoacan y mejicanos morían muchos, é otros muchos caían malos y se quedaban en el camino como desesperados. Pues como estaba despoblado aquel pueblo, y no teníamos lengua ni quien nos guiase, mandó Cortés que fuésemos dos capitanes por los montes y estancias á los buscar, y en unas canoas que estaban en un gran río junto al pueblo fueron otros soldados y dieron con muchos indios de aquel pueblo, y con buenas palabras y halagos vinieron sobre treinta dellos, y todos los mas caciques y papas; y Cortés les habló amorosamente con doña Marina, y trajeron mucho maíz y gallinas, y señalaron el camino que habíamos de llevar hasta otro pueblo que se dice Izguatepeque, el cual estaba tres jornadas, que serían diez y seis leguas, y antes de llegar á él estaba otro pueblo sujeto, deste Tamaztepeque, donde salimos. Antes que pase mas adelante, quiero decir que con gran hambre que traímos, así españoles como mejicanos, pareció ser que ciertos caciques de Méjico apañaron dos ó tres indios de los pueblos que dejábamos atrás, y traíanlos escondidos con sus cargas, á manera y traje como ellos, y con la hambre, en el camino los mataron y los asaron en hornos que para ello hicieron debajo de tierra y con piedras, como en su tiempo lo solían hacer en Méjico, y se los comieron; y asimismo habían apañado las dos guías que traímos, que se habían huido, y se los comieron; y alcanzólo á saber Cortés, y mandó llamar los caciques mejicanos, y riñó malamente con ellos, que si otra tal hacían que los castigaria; y predicó un fraile francisco de los que traíamos, cosas muy santas y buenas; y de que hubo acabado el sermón, mandó Cortés por justicia quemar á un indio mejicano por la muerte de los indios que comieron, puesto que supo que todos eran culpantes en ello, porque pareciese que hacía justicia y que él no sabía de otros culpantes sino el que quemó. Dejemos de contar muy por extenso otros muchos trabajos que pasábamos, y cómo las chirimias y sacabuches y dulzainas que Cortés traía, que otra vez he hecho memoria dellos, cómo en Castilla eran acostumbrados á regalos y no sabían de trabajos, y con la hambre habían adolecido y no le daban música, excepto uno, y renegábamos todos los soldados de lo oír, y decíamos que parecían zorros ó adibes que au-

llaban, que mas valiera tener maiz que comer que música. Volvamos á nuestra relacion, y diré cómo algunas personas me han preguntado que cómo habiendo tanta hambre como dicho tengo, por qué no comiamos la manada de los puercos que traian para Cortés, pues á la necesidad de hambre no hay ley; y viendo la hambre que habia, que Cortés los habia de mandar repartir por todos en tales tiempos. A esto digo que ya habia echado fama uno que venia por despensero y mayordomo de Cortés, que se decia Guinea y era hombre doblado, y hacia en creyente que en los rios al pasar dellos los habian comido tiburones y lagartos; y porque no los viésemos venian siempre cuatro jornadas atrás rezagados; y demás desto, para tantos soldados como éramos, para un día no habia en todos ellos, y á esta causa no se comieron; y demás desto, para no enojar á Cortés. Dejemos esta plática, y diré que siempre por los pueblos y caminos por donde pasábamos dejábamos puestas cruces donde habia árboles para se labrar, en especial ceibas, y quedaban señaladas las cruces, y son mas fijas hechas en aquellos árboles que no de maderos, porque crece la corteza y quedan mas perfectas, y quedaban cartas en partes que las pudiesen leer, y decia en ellas: «Por aquí pasó Cortés en tal tiempo;» y esto se hacia porque si viniesen otras personas en nuestra busca supiesen cómo íbamos adelante. Volvamos á nuestro camino para ir á Ciguatpecad, que fueron con nosotros sobre veinte indios de aquel pueblo de Tamaztepeque, y nos ayudaron á pasar dos rios y en barcas y en canoas, y aun fueron por mensajeros á decir á los caciques del pueblo donde íbamos que no hubiesen miedo, que no los haríamos ningun enojo; y así, aguardaron en sus casas muchos dellos; y lo que allí pasó diré adelante.

## CAPITULO CLXXVI.

Cómo desde hubimos llegado al pueblo de Ciguatpecad envié Cortés por capitán á Francisco de Medina para que, topando á Simon de Cuenca, viniesen con los dos navios ya otra vez por mí memorados al Triunfo de la Santa Cruz, al Golfo-Dulce, y de lo que mas pasó.

Pues como hubimos llegado á este pueblo que dicho tengo, Cortés halagó mucho á los caciques y principales y les dió buenos chalchihufes de Méjico, y se informaron á qué parte salia un rio muy caudaloso y recio que junto á aquel pueblo pasaba, y le dijeron que iba á dar en unos esteros donde habia una poblacion que se dice Gueyatata, y que junto dél estaba otro gran pueblo que se dice Xicalango; parecióle á Cortés que seria bien luego enviar dos españoles en canoas para que saliesen á la costa del norte y supiesen del capitán Simon de Cuenca y sus dos navios, que habia mandado cargar de vituallas para el camino que dicho tengo, y escribióle haciéndole saber de nuestros trabajos y que saliese por la costa adelante; y después de bien informado cómo podría ir por aquel rio hasta las poblaciones por mí dichas, envié dos españoles, y el mas principal dellos, que ya le he nombrado otras veces, se decia Francisco de Medina, y dióle poder para ser capitán, juntamente con el Simon de Cuenca, que este Medina era muy diligente y tenia lengua de toda la tierra, y este fué el soldado que hizo levantar el pueblo de Chamula

cuando fuimos con el capitán Luis Marin á la conquista de Chiapa, como dicho tengo en el capítulo que dello habla; y valiera mas que tal poder nunca le diera Cortés, por lo que adelante acaeció, y es, que fué por el rio abajo hasta que llegó adonde el Simon de Cuenca estaba con sus dos navios en lo de Xicolango, esperando nuevas de Cortés, y después de dadas las cartas de Cortés, presentó sus provisiones para ser capitán, y sobre el mandar tuvieron palabras entrambos capitanes, de manera que vinieron á las armas, y de la parte del uno y del otro murieron todos los españoles que iban en el navio, que no quedaron sino seis ó siete; y cuando vieron los indios de Xicalango é Gueyatata aquella revuelta, dan en ellos y acabáronlos de matar á todos, é quemaron los navios, que nunca supimos cosa ninguna dellos hasta de ahí á dos años y medio. Dejemos mas de hablar en esto, y volvamos al pueblo donde estábamos, que se dice Ciguatpecad, y diré cómo los indios principales dijeron á Cortés que habia dende allí á Gueyacala tres jornadas y que en el camino habia de pasar dos rios, y el uno dellos era muy hondo y ancho, y luego habia unos malos tremedales y grandes ciénagas, y que si no tenia canoas que no podría pasar caballos ni aun ninguno de su ejército; y luego Cortés envié á dos soldados con tres indios principales de aquel pueblo para que se lo mostrasen y tanteasen el rio y ciénagas, y viesesen de qué manera podriamos pasar, y que trajesen buena relacion dellos; y llamábanse los soldados que envié, Martin Garcia, y era valenciano y alguacil de nuestro ejército, y el otro se decia Pedro de Ribera; y el Martin Garcia, que era á quien mas se lo encomendó Cortés, vió los rios, y con unas canoas chicas que tenian en el mismo rio lo vió, y miró que con hacer puentes podría pasar, y no curó de ver las malas ciénagas que estaban una legua adelante; y volvió á Cortés y le dijo que con hacer puentes podrían pasar, creyendo que las ciénagas no eran trabajosas, como después las hallamos; y luego Cortés me mandó á mí y á un Gonzalo Mejía, y mandó que fuésemos con ciertos principales de Ciguatpecad á los pueblos de Acala, y que halagásemos á los caciques y con buenas palabras los atrajésemos para que no huyesen, porque aquella poblacion de Acala eran sobre veinte pueblezuelos, dellos en tierra firme y otros en unas como isletas, y todo se andaba en canoas por rios y esteros; y llevamos con nosotros los tres indios de los de Ciguatpecad por guías, y la primera noche que dormimos en el camino se nos huyeron, que no osaron ir con nosotros; porque, según después supimos, eran sus enemigos y tenian guerra unos con otros; y sin guías hubimos de ir, y con trabajos pasamos las ciénagas; y llegados al primer pueblo de Acala, puesto que estaban alborotados y parecia estar de guerra, con palabras amorosas y con dalles unas cuentas les halagamos, y les rogamos que fuesen á Ciguatpecad á ver á Malinche y le llevasen de comer. Pareció ser que el día que llegamos á aquel pueblo no sabian nuevas ningunas de cómo habia venido Cortés y que traia mucha gente, así de á caballo como mejicanos, é otro día tuvieron nueva de indios mercaderes del gran poder que traia, y los caciques mostraron mas voluntad de enviar comida que cuando llegamos, y dijeron que cuando hubiese

llegado á aquellos pueblos le servirian y harian lo que pudiesen en dalle de comer, y en cuanto ir adonde estaba, que no querian ir, porque eran sus enemigos. Pues estando que estábamos en estas pláticas con los caciques, vinieron dos españoles con cartas de Cortés, en que me mandaba que con todo el bastimento que pudiese haber saliese de allí á tres dias al camino con ello, por causa que ya le habian despoblado toda la gente de aquel pueblo donde le habia dejado, y me hizo saber que venia ya camino de Acala y que no habia traído maiz ninguno ni lo hallaba, y que pusiese mucha diligencia en que los caciques no se ausentasen; y tambien los españoles que me trajeron las cartas me dijeron cómo Cortés habia enviado el rio arriba de Ciguatpecad cuatro españoles, y los tres dellos de los nuevamente venidos de Castilla, en canoas á demandar bastimento á otros pueblos que decian que estaban allí cerca, y que no habian vuelto y que creian que los habian muerto, y así salió verdad. Volvamos á Cortés, que comenzó de caminar, y en dos dias llegó al gran rio que ya otras veces he dicho, y luego puso mucha diligencia en hacer una puente, y fué con tanto trabajo y con maderos gruesos y grandes, que, después de hecha, se admiraron los indios de Acala del haber de tal manera puesto los maderos, y estúvose en hacer cuatro dias; y como salió Cortés del pueblo ya otras veces por mí nombrado con todos sus soldados, no traian maiz ni bastimento, y con los cuatro dias que estuvo en el camino pasaron muy gran hambre é trabajo, é lo peor de todo, que no sabian si adelante ternian maiz ó si estaba de paz aquella provincia; aunque algunos soldados viejos se remediaban con cortar árboles muy altos que parecen palmas, que tienen por fruta unas al parecer de nueces muy encarceladas, y aquellas asaban y quebraban y comian. Dejemos de hablar en esta hambre, y diré cómo la misma noche que acabaron de hacer la puente llegué yo con mis tres compañeros y con ciento y treinta cargas de maiz y ochenta gallinas y miel y frisoles y sal, y otras frutas, y como llegué de noche ya que escurecia, estaban todos los mas soldados aguardando el bastimento, porque ya sabian que yo habia ido á lo traer; y Cortés les decia á los capitanes y soldados que tenia esperanza en Dios que presto tendrían todos de comer, pues que yo habia ido á Acala para traerlo, si no me habian muerto los indios, como mataron á los otros cuatro españoles que envié á buscar comida. E volviendo á nuestra materia: así como llegué con el maiz y bastimento á la puente, como era de noche, cargaron todos los soldados dello y lo tomaron todo, que no dejaron á Cortés ni á ningun capitán ni á Sandoval cosa ninguna, con dar voces: «Dejaldo, que es para el capitán Cortés;» y asimismo su mayordomo Carranza, que así se llamaba, y el despensero Guinea daban voces y se abrazaban con el maiz, que les dejasen siquiera una carga; y como era de noche, decíanle los soldados: «Buenos puercos habeis comido vosotros y Cortés, y nos habeis visto morir de hambre é no nos dáades nada dellos;» y no curaban de cosa que les decian, sino que todo se lo apañaban. Pues como Cortés supo que se lo habian tomado y que no le dejaron cosa ninguna, renegaba de la paciencia y pateaba, y estaba tan enojado, que decia que queria

hacer pesquisa y castigar á quien se lo tomó, é dijeron lo de los puercos que comió. Y como vió y consideró que el enojo era por demás y dar voces en desierto, me mandó llamar á mí, y muy enojado me dijo que cómo puse tal cobro en el bastimento. Yo le dije que procurara su merced de enviar adelante guardas para ello, y aunque él en persona estuviera guardándolo, se lo tomaran, porque le guarde Dios de la hambre, que no tiene ley; y como vió que no habia remedio ninguno, y que tenia mucha necesidad, me halagó con palabras melosas, estando delante el capitán Gonzalo de Sandoval, y me dijo: «Oh señor hermano Bernal Diaz del Castillo, por amor de mí, que si dejastes algo escondido en el camino, que partais conmigo, que bien creído tengo de vuestra buena diligencia que traeríades para vos y para vuestro amigo Sandoval.» Y como vi sus palabras y de la manera que lo dijo, hube lástima dél; y tambien Sandoval me dijo: «Pues yo, juro á tal, tampoco tengo un puño de maiz de que tostar y hacer cacalote;» y entonces concerté y dije que conviene que esta noche al cuarto de la modorra, después que esté reposado el real, vamos por doce carros de maiz y veinte gallinas y tres jarros de miel y frisoles y sal, y dos indias para hacer pan, que me dieron en aquellos pueblos para mí, y hemos de venir de noche, que nos lo arrebatarán en el camino los soldados, y esto hemos de partir entre vuestra merced y Sandoval y yo é mi gente; y el se holgó en el alma y me abrazó; y Sandoval dijo que queria ir aquella noche conmigo por el bastimento, y lo trajimos, con que pasaron aquella hambre, y tambien le dí una de las dos indias á Sandoval; é preguntó Cortés si los frailes tenian qué comer, é yo le respondí que cuidaba Dios mejor dellos que él, porque todos los soldados les daban de lo que habian tomado por la noche, é que no morirían de hambre. He traído aquí esto á la memoria para que vean en cuánto trabajo se ponen los capitanes en tierras nuevas; que á Cortés, que era muy temido, no le dejaron maiz que comer, y que el capitán Sandoval no quiso fiar de otro la parte que le habia de caber, que él mismo fué conmigo por ello, teniendo muchos soldados que pudiera enviar. Dejemos de contar del gran trabajo del hacer de la puente y de la hambre pasada, y diré cómo obra de una legua adelante dimos en las ciénagas muy malas, y eran de tal manera, que no aprovechaba poner maderos ni ramos ni hacer otra manera de remedios para poder pasar los caballos, que atollaban todo el cuerpo sumido en las grandes ciénagas, que creimos no escapar ninguno dellos, sino que todos quedarían allí muertos; y todavía porfiámos de ir adelante, porque estaba obra de medio tiro de ballesta tierra firme y buen camino, y como iban los caballos con tanto trabajo y se hizo un callejon por la ciénaga de lodo y agua, que pasaron sin tanto riesgo de se quedar muertos, puesto que iban á veces medio á nado entre aquella ciénaga y el agua; pues ya llegados en tierra firme, dimos gracias á Dios por ello, y luego Cortés me mandó que con brevedad volviésemos á Acala y que pusiese gran recaudo en los caciques que estuviesen de paz, y que luego enviase al camino bastimento; y así lo hice, que el mismo día que llegué á Acala de noche envié tres españoles que iban conmigo con mas de cien

indios cargados de maíz é otras cosas; y cuando Cortés me envió por ello, dije que mirase que él en persona lo aguardase, no lo tomasen como la otra vez; y así lo hizo, que se adelantó con Sandoval y Luis Marin, y lo hubieron todo y lo repartieron; y otro día, á obra de mediodía llegaron á Acala, y los caciques le fueron á dar el bien venido y le llevaron bastimento; y dejallo he aquí, y diré lo que mas pasó.

## CAPITULO CLXXVII.

De en lo que Cortés entendió después de llegado á Acala, y cómo en otro pueblo mas adelante, sujeto al mismo Acala, mandó ahorcar á Guatemuz, que era gran cacique de Méjico, y á otro cacique que era señor de Tacuba, y la causa por qué; y otras cosas que entonces pasaron.

Desde Cortés hubo llegado á Gueyacala, que así se llamaba, y los caciques de aquel pueblo le vinieron de paz, y les habló con doña Marina la lengua de tal manera que al parecer se holgaban, y Cortés les daba cosas de Castilla, y trajeron maíz y bastimento, y luego mandó llamar todos los caciques, y se informó dellos del camino que habíamos de llevar, y les preguntó que si sabían de otros hombres como nosotros con barbas y caballos, y si habian visto navíos ir por la mar; y dijeron que ocho jornadas de allí había muchos hombres con barbas y mujeres de Castilla y caballos, y tres acalles (que en su lengua acales llaman á los navíos); de la cual nueva se holgó Cortés de saber; y preguntando por los pueblos y camino por donde habíamos de ir, todo se lo trujeron figurado en unas mantas, y aun los rios y ciénagas y atoladeros; y les rogó que en los rios pusiesen puentes y llevasen canoas, pues tenían mucha gente y eran grandes poblaciones; y los caciques dijeron que, puesto que eran sobre veinte pueblos, que no les querían obedecer todos los mas dellos, en especial unos que estaban entre unos rios, y que era necesario que luego enviase de sus teules, que así nos llamaban á los soldados, á les hacer traer maíz y otras cosas, y que les mandase que los obedeciesen, pues que eran sus sujetos. Y como aquello entendió Cortés, luego mandó á un Diego de Mazariégo, primo del tesorero Alonso de Estrada, que quedaba por gobernador en Méjico, que porque viése y conociese que Cortés tenía mucha cuenta de su persona, que le hacia honra de envialle por capitán á aquellos pueblos y á otros comarcas; cuando le envió, secretamente le dijo que porque él no entendía muy bien las cosas de la tierra, por ser nuevamente venido de Castilla, y no tenía tanta experiencia por ser en cosa de indios, que me llevase á mí en su compañía, y lo que yo le aconsejase no saliese dello; y así lo hizo, y no quisiera escribir esto en esta relacion, porque no pareciese que me jactanciaba dello; y no lo escribiera, sino porque fué público en todo el real, y aun después lo vi escrito de molde en unas cartas y relaciones que Cortés escribió á su majestad, haciéndole saber todo lo que pasaba y del viaje de Honduras, y por esta causa lo escribo. Volvamos á nuestra materia. Fuimos con el Mazariégo hasta ochenta soldados en canoas que nos dieron los caciques, y cuando hubimos llegado á las poblaciones, todos de buena voluntad nos dieron de lo que tenían, y trajimos sobre cien canoas de maíz é bastimento y gallinas y miel y sal, y diez indias que tenían

por esclavas, y vinieron los caciques á ver á Cortés; de manera que todo el real tuvo muy bien que comer, y desde á cuatro dias se huyeron todos los mas caciques, que no quedaron sino tres guías, con los cuales fuimos nuestro camino y pasamos dos rios, el uno en puentes, que luego se quebraron al pasar, y el otro en barcas, y fuimos á otro pueblo sujeto al mismo Acala, y estaba ya despoblado, y allí buscamos comida y maíz que tenían escondido por los montes. Dejemos de contar nuestros trabajos y caminos, y digamos cómo Guatemuz, gran cacique de Méjico, y otros principales mejicanos que iban con nosotros, habian puesto en plática, ó lo ordenaban, de nos matar á todos y volverse á Méjico, y llegados á su ciudad, juntar sus grandes poderes y dar guerra á los que en Méjico quedaban; y tornarse á levantar; y quien lo descubrió á Cortés fueron dos grandes caciques mejicanos, que se decían Tapia y Juan Velazquez; este Juan Velazquez fué capitán general de Guatemuz cuando nos dieron guerra en Méjico. Y como Cortés lo alcanzó á saber, hizo informaciones sobre ello, no solamente de los dos que lo descubrieron, sino de otros caciques que eran en ello; y lo que confesaron era que, como nos vian ir por el camino descuidados y descontentos, y que muchos soldados habian adolecido, y que siempre nos faltaba la comida, y que ya se habian muerto de hambre cuatro chirimias y el volteador y otros cinco soldados, y tambien se habian vuelto otros tres soldados camino de Méjico, y se iban á su aventura por los caminos por donde habian venido, y que mas querían morir que ir adelante; que seria bien que cuando pasásemos algun rio ó ciénaga dar en nosotros, porque eran los mejicanos sobre tres mil y traían sus armas y lanzas, y algunos con espadas. El Guatemuz confesó que así era como lo habian dicho los demás; empero que no salió dél aquel concierto, y que no sabe si todos fueron en ello ó se efetuaria, y que nunca tuvo pensamiento de salir con ello, sino solamente la plática que sobre ello hubo; y el cacique de Tacuba dijo que entre él y Guatemuz habian dicho que valia mas morir de una vez que morir cada dia en el camino, viendo la gran hambre que pasaban sus macechuelas y parientes. Y sin haber mas probanzas, Cortés mandó ahorcar al Guatemuz y al señor de Tacuba, que era su primo, y antes que los ahorcasen, los frailes franciscos y el mercenario fueron esforzándolos y encomendando á Dios con la lengua doña Marina; y cuando le ahorcaron dijo el Guatemuz: «¡Oh capitán Malinche! Dias había que yo tenía entendido é habia conocido tus falsas palabras, que esta muerte me habias de dar, pues yo no me la di cuando te entregaste en mi ciudad de Méjico; ¿por qué me matas sin justicia? Dios te lo demande.» El señor de Tacuba dijo que daba por bien empleada su muerte por morir junto con su señor Guatemuz. Y antes que los ahorcasen los fué confesando fray Juan el mercenario, que sabia, como dicho he, algo de la lengua, y los caciques les rogaban les encomendasen á Dios, que eran para indios buenos cristianos, y creían bien é verdaderamente; é yo tuve gran lástima del Guatemuz y de su primo, por habelles conocido tan grandes señores, y aun ellos me hacían honra en el camino en cosas que se me ofrecían, especial en darme algunos indios para

traer yerba para mi caballo. Y fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que íbamos aquella jornada. Volvamos á ir nuestro camino con gran concierto, por temor que los mejicanos, viendo ahorcar á su señor, no se alzasen; mas traían tanta mala ventura de hambre y dolencia, que no se les acordaba dello; y después que los hubieron ahorcado, según dicho tengo, luego fuimos camino de otro pueblezuelo, y antes de entrar en él pasamos un rio bien hondable en barcas, y hallamos el pueblo sin gente, que aquel dia se habian ido, é buscamos de comer por las estancias, é hallamos ocho indios que eran sacerdotes de ídolos, y de buena voluntad se vinieron á su pueblo con nosotros, é Cortés les habló con doña Marina para que llamasen sus vecinos, y que no hubiesen miedo y que trujesen de comer; y ellos dijeron á Cortés que le rogaban que mandase que no les llegasen á unos ídolos que estaban junto á la casa donde Cortés posaba, é que le traírian comida y harían lo que pudiesen; y Cortés dijo que él haría lo que decían, é que no llegarían á cosa ninguna; mas que para qué querían aquellas cosas de ídolos, que son de barro y de maderos viejos, y que eran cosas malas, que les engañaban; y tales cosas les predicó con los frailes y doña Marina, que respondieron muy bien á lo que les decían, que los dejarían, y trajeron veinte cargas de maíz y unas gallinas; y Cortés se informó dellos que si sabían qué tantos soles de allí había hombres con barbas como nosotros, y caballos; y dijeron que siete soles, que se decía el pueblo donde estaban los de á caballo Nito, y que ellos irían por guías hasta otro pueblo, y que habíamos de dormir una noche en despoblado antes de llegar á él; y Cortés les mandó hacer una cruz en un árbol muy grande, que se dice ceiba, que está junto á las casas adonde tenían los ídolos. Tambien quiero decir que, como Cortés andaba mal dispuesto, y aun muy pensativo y descontento del trabajoso camino que llevábamos, é como habia mandado ahorcar á Guatemuz é su primo el señor de Tacuba sin tener justicia para ello, é habia cada dia hambre, é que adolescian españoles é morían muchos mejicanos, pareció ser que de noche no reposaba de pensar en ello, y saltase de la cama donde dormía á pasear en una sala adonde había ídolos, que era aposento principal de aquel pueblezuelo, adonde tenían otros ídolos, y descuidóse y cayó mas de dos estados abajo y se descalabró la cabeza, y calló, que no dijo cosa buena ni mala sobre ello, salvo curarse la descalabratura, y todo se lo pasaba y sufría. E otro dia muy de mañana proseguimos á caminar con nuestras guías, y sin acontecer cosa que de contar sea, fuimos á dormir cabe un estero y cerca de unos montes muy altos; é otro dia fuimos por nuestro camino, é á hora de misa mayor llegamos á un pueblo nuevo, y en aquel dia se habia despoblado y metido en unas ciénagas, y eran nuevamente hechas las casas y de pocos dias, y tenían en el pueblo hechas albarradas de maderos gruesos, y todo cercado de otros maderos muy recios, y hechas cavas hondas antes de la entrada en él, y dentro dos cercas, la una como barbacana, y con sus cubos y troneras; y tenían á otra parte por cerca unas peñas muy altas, llenas de piedras hechizas á mano, con grandes mamparos; y por otra parte una

gran ciénaga, que era fortaleza. Pues desde que hubimos entrado en las casas hallamos tantos gallos de papada y gallinas cocidas, como los indios las comen, con sus ajíes y pan de maíz, que se dice entre ellos tamales, que por una parte nos admirábamos de cosa tan nueva, y por otra nos alegrábamos con la mucha comida, y nos dió que pensar en tan nuevo caso; y tambien hallamos una gran casa llena de lanzas chicas y arcos y flechas, y buscamos por los alrededores de aquel pueblo si había maizales y gente, y no había ninguna, ni aun grano de maíz. Estando desta manera, vinieron hasta quince indios que salieron de las ciénagas, que eran principales de aquel pueblo, y pusieron las manos en el suelo y besaron la tierra, y dicen á Cortés medio llorando que le piden por merced que aquel pueblo ni cosa alguna no se la quemem, porque son nuevamente venidos allí á hacerse fuertes por causa de sus enemigos, que me parece que dijeron que se decían lacandones, porque les han quemado y destruido dos pueblos en tierra llana, adonde vivían, y les han robado y muerto mucha gente; los cuales pueblos habíamos de ver abrasados adelante por el camino adonde habíamos de ir, que están en tierra muy llana; y allí dieron cuenta cómo y de qué manera les daban guerra, y la causa por que eran sus enemistades; é Cortés les preguntó que cómo tenían tanto gallo y gallinas á cocer; y dijeron que por horas aguardaban á sus enemigos, que les habian de venir á dar guerra, é que si les vencían, que les habian de tomar sus haciendas y gallos y llevalles cautivos; que porque no lo hubiesen ni gozasen se lo querían antes comer; y que si ellos les desbarataban á los enemigos, que irían á sus pueblos y les tomarían sus haciendas; y Cortés dijo que le pesaba dello y de su guerra, y por ir de camino no lo podía remediar. Llamábase aquel pueblo, y otras grandes poblaciones por donde otro dia pasamos, las mazotecas, que quiere decir en su lengua los pueblos ó tierras de venados; y tuvieron razon de ponelles aquel nombre, por lo que adelante diré. Y desde allí fueron con nosotros dos indios dellos, y nos fueron mostrando sus poblaciones quemadas, y dieron relacion á Cortés cómo estaban los españoles adelante. Y dejallo he aquí, y diré cómo otro dia salimos de aquel pueblo, y lo que mas hubo en el camino.

## CAPITULO CLXXVIII.

Cómo seguimos nuestro viaje, y lo que en ello nos avino.

Como salimos del pueblo cercado, que así le llamábamos de allí adelante, entramos en bueno y llano camino, y todo cabañas y sin árboles, y hacia un sol tan caluroso y recio, que otro mayor resistero no habíamos tenido en el camino. E yendo por aquellos campos ramos, había tantos de venados y corrian tan poco, que luego los alcanzábamos á caballo, por poco que corriamos tras ellos, y se mataron sobre veinte; y preguntando á las guías que llevábamos que cómo corrian tan poco aquellos venados, y no se espantaban de los caballos ni de otra cosa ninguna, dijeron que en aquellos pueblos, que ya he dicho que se decían los mazotecas, que los tienen por sus dioses, porque les ha parecido en su figura, y que les mandó su ídolo que no les ma-